

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

IMPORTANTE.

Muchos años hace que, con un afán y una constancia inquebrantables, vengo publicando mi modesta revista *La Madre de Familia*, espresion de mis sentimientos, y representación de la idea religiosa y moral que defiende desde la niñez.

Tiempo, insomnios, reposo, todo lo he sacrificado al deseo de sostener el periódico, que no dudo en calificar de buen amigo de la juventud. Y los gastos que ocasiona, y el dar ocho números mensuales solo por dos reales, prueba es bien convincente de que no es el interés el principal móvil que me sostiene.

Mi idea, al empezar esta publicacion, ya la conocen mis lectores y escusado es repetirla; solo sí diré, que mi pensamiento es continuarla siempre, mientras pueda sostener una pluma en mi mano.

Pero mal podré cumplir este propósito, si el cortísimo pago de la revista, destinado á cubrir sus gastos, me falta hasta el extremo de ver hoy, y al presentarme la administracion las cuentas del año 79, las inmensas deudas que existen en ella, que ascienden, doloroso es decirlo, á *muchos miles de duros*.

Esto, no sé si, bien apesar mio, y en caso de que esta úl-

tima y justa reclamacion no dé resultado, me obligará á suspender la publicacion que queria hacer duradera: pero ya que le he sacrificado todo cuanto tenia y esperaba, no puedo sacrificarle tambien mi buen nombre, cuando no es mia la culpa de sus retrasos, ni lo será de su terminacion, sino de las personas que dejan de cumplir los compromisos que contrajeron al suscribirse.

Advierto, y lo repito muy alto para que no pueda quedar duda de ello, que no hemos exigido adelanto alguno, ni nos dirigimos á aquellos de nuestros suscritores que deben *seis y aun doce meses*, sino á aquellos cuyo descubierto es de *dos, y aun de tres años*.

Y como no quiero que jamás se me tache de poco consecuente en mis propósitos, para justificar en todo caso *la terminacion del periódico*, antes de que llegue este caso, bien sensible para mí, y como una satisfaccion para muchos de los dignísimos suscritores que me favorecen y están al corriente en sus pagos, publicaremos en un número extraordinario *un estado exacto de todas las deudas, con cantidades, nombres y pueblos de residencia de los deudores*, probando de este modo á los demás señores abonados la verdad de mis palabras, y que ni está en mi mano, ni hé podido hacer mas.

LA DIRECTORA,

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

NOVIEMBRE N.º 49 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V. 1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

Estudios de viajes, los indios del Senagal, por X.—

Calvario y redencion, cartas de tres hermanos, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Maria, novela por E. B.

ESTUDIOS DE VIAJES.

LOS INDIOS DEL SENAGAL

Generalmente en Europa se tiene una idea muy equivocada de los indios, sin contar para nada sus antecedentes. Se atribuyen á su carácter cualidades que realmente no son otra cosa que efecto de represalias, y se olvida que la barbarie conque han sido tratados en tiempo de su descubrimiento y despues de este, son la causa de que sus venganzas sean muchas veces terribles y sangrientas. Esto no se explica ni se comprende mas que por lo que han sufrido, y lo que se mira en ellos como efecto de perfidia y de crueldad, no es en el fondo mas que los recuerdos de las crueldades ejercidas con ellos mismos.

Estos recuerdos han acabado por inocular en su sangre cierto carácter de ferocidad.

El indio es naturalmente desconfiado y astuto.

Obligado incesantemente á vivir en alerta, y á permanecer dispuesto á la defensa contra los nuevos huéspedes que no cesan de atacarle para reducirle á la esclavitud, tiene precision de oponer la destreza y la astucia á la fuerza, y muchas veces la desesperacion á la violencia. Pero cuando no se ve forzado por circunstancias especiales á salir de los límites de su carácter natural, se halla en el indio, dulzura y buena fé, y es realmente el hijo de la naturaleza, el libre hijo de los bosques. Ahora es menester convenir que ha perdido algo de su primitiva simplicidad.

Los Europeos le han hecho conocer nuevas necesidades y le han escitado gustos para él desconocidos.

Sus bosques y selvas proveian á sus necesidades, y su riqueza satisfacía sobradamente sus deseos; mas poco á poco lo supérfluo se ha convertido en necesidad indispensable. Los vicios de las naciones cultas se han introducido entre los pueblos salvajes, y estos dos elementos de destruccion moral han contribuido casi tanto como la opresion, á bastardear su primitivo natural, franco y generoso. Así los indios en otro

tiempo tan formidables y numerosos, desaparecerán gradualmente y formarán un solo cuerpo de nacion con sus colonos. Esta fusion será lenta sin duda, pero parece que casi infalible, porque es forzoso efecto de las mismas cosas, es decir que provendrá poco á poco de la industria, del comercio, y de la civilizacion. Los Indios ó Caribes que habitan en Surinam y el pais de sus cercanías, son generalmente de buena presencia, proporcionados, sanos, fuertes y vigorosos; no tienen deformidades corporales, y fuera de casos accidentales, es muy raro hallar uno impedido ó ciego.

El color de su tez, generalmente es moreno, tirando al rojizo del cobre. Cuando nacen son tan blancos como los europeos; pero esta blancura desaparece el cabo de algunos dias, para tornarse en las tintas cobrizas que es el color natural de su raza.

Los hombres son generalmente de buen carácter y se obtiene de ellos lo que se quiere con dulzura, amabilidad, y sobre todo prodigándoles bebidas fuertes, aunque su embriaguez es casi mas terrible que su cólera. Son crueles en sus excesos, como en su venganza. Las facciones de sus rostros son bastante agraciadas, aunque especialmente entre los jóvenes se nota un fondo de melancolía que proviene del embrutecimiento, y del exceso de bebidas espirituosas, á las que se entregan con una pasion casi increíble.

Tienen la frente chata y aplastada, los ojos negros y generalmente pequeños, y hermosa dentadura que conservan hasta una edad muy avanzada, porque no padecen jamás los males de boca que son tan comunes en Europa. Sus cabellos negros y cortos solo encanecen en su decrepitud.

Adornan su rostro con rayas negras y rojas, y se hacen las primeras con zumo de janipaba y para las rojas usan del achiote. Su color favorito, como el de todos los pueblos salvages, es este último, y se frotan sus cabellos, el pecho, la espalda y otras partes del cuerpo, de suerte que al mirarlos muchas veces que se untan hasta la mitad de las piernas, parece que llevan puestos borceguies de su color natural, y á cierta distancia se creeria que habian recibido muchas heridas.

La naturaleza no les ha concedido barba, pero por poca que tengan se la arrancan con pinzas que hacen de las conchas.

Las mugeres para adornarse, agujerean su labio inferior por el que pasan un alfiler, un hueso ó un pedacito de madera del que suspenden cuentas ó granitos de piedra con tal que brillen. Otras los hacen en la nariz en la que colocan

una especie de caracolillo que les cuelga hasta la boca.

He tenido en mi mano adornos de esta clase que me han parecido de plata, y los naturales me han asegurado que su pais contiene gran cantidad de este metal. Los hombres tambien se agujerean las orejas, introduciendo á lo largo pedacitos de este metal de dos ó tres pulgadas de longitud.

Mas, ordinariamente se sirven de adornos de madera, ó bien con algun hueso de un enemigo suyo; y la mayor parte lo usan en una sola oreja.

Cubren sus cabezas con plumas de diferentes pájaros; otros con una especie de gorra ó montera, otros se rodean la cabeza con piel de tigre, pero los mas llevan la cabeza desnuda.

Su trage es muy sencillo ó mas propiamente no usan casi ninguno. Cuando se les reprende su desnudez, contestan que habiendo venido así al mundo, es una locura cubrirse.

Esto me recuerda la respuesta de un gefe indio hecho prisionero por los españoles, y que iba vestido á la europea. El general le preguntó quien era, y el indio contestó:

—Permitidme me quite este vestido, á fin de que me conozca yo mismo.

Los hombres llevan al rededor del cuerpo una cuerda ó cinta del que suspenden un cuchillo desnudo.

Una faja de tela de algodón roja ó azul, y de poco mas de media vara de ancha por cuatro ó cinco de larga, se rodean al cuerpo y dejan colgar las dos estremidades. Los hay tambien que llevan una especie de dalmática ó manton de dos ó tres varas en cuadro, que llevan sobre la espalda.

Pero nada es tan cómico como ver llegar á uno de sus gefes ó capitanes á algun fuerte de los europeos, ó á conferenciar con alguna autoridad de la colonia. Para estos actos su trage de ceremonia, es una levita ó casaca encarnada y galoneada, sin mas calzon ni camisa, un sombrero redondo galoneado y un gran baston en la mano parecido al que usan nuestros tambores mayores.

Toda la tribu sigue detras, cerrando la comitiva las mugeres y los niños.

Este gefe es regularmente un anciano, y sin disputa el mas hábil guerrero de entre ellos. Se hace obedecer á la primera seña, y sus mas insignificantes palabras son miradas por todos como las de un oráculo.

Continuará,

X.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Fabian de Ossorio á su hermana Maria.

Ya habrás visto, mi buena hermana, el lazo infernal que habia tendido para perder á una niña inocente, de quien su propia hermana es la mas encarnizada enemiga.

Pero ¡ay! María, existe un Dios, existe una providencia! Ella vela por los desvalidos, y el que se atreva á negarlo es bien desgraciado por cierto, pues desconoce los consuelos santos y sublimes de la fé, y no es acreedor á que el cielo le manifieste su poder en esos pequeños detalles á que muchos llaman casualidad, y á los que yó, creyente y católico, llamo con toda mi alma la mano de Dios.

Ella ha salvado á Angelina, ella me inspiró la idea de espiar á Julio, ella dejó caer á mi lado aquella carta acusadora, y ella, no lo dudes, me ayudará en este empeño, por que me guía sin duda una recta intencion.

¡Oh! cuando pienso que abusando de la inocencia de esa pobre niña, aprovechando la influencia que ejerzo en su corazon, iban á arrancarla de su santo y seguro asilo, me estremezco á mi pesar, y pienso ¿qué hubiera sido de ella? de ella tan tímida y tan inesperta, si se hubieran llevado á cabo los planes de esos dos seres tan miserables?

Quizá yo mismo, destumbrado por las apariencias, alucinado por el engaño, la hubiera acusado, hubiera dudado de su virtud, y hubiese procurado olvidarla, mientras ella sufría y lloraba sola, abandonada, víctima de sus perseguidores.

Sí, María, por que el corazon del hombre es tal, que siempre está propenso á creer en las faltas ajenas, y sobre todo cuando estas faltas nos ofenden ó atacan nuestros sentimientos ó nuestro amor propio.

Afortunadamente, todo este infame complot solo redundará en perjuicio de sus mismos autores, y sus proyectos servirán de arma para vencerlos.

Una vez dueño de la carta de Valeria, esta se

encuentra en mi poder, y yo sabré obligarla á que secunde mis deseos.

¡Oh! este papel vale un tesoro, y Dios le ha puesto en mis manos para que sea un talisman

Como te dije en mi anterior, Julio se desesperaba buscándole, y yo le contemplaba desde mi ventana compadecido de su afán.

Al fin, despues de esfuerzos inauditos, y cuando ya comprendió que podia llamar la atencion de la gente de la casa, que se encontraba ya levantada, le ví abandonar el jardin y subir lentamente la escalera. Al pasar ante la puerta de mi cuarto, pareció vacilar, y al fin se detuvo y llamó suavemente.

Yo tardé en contestarle; queria que me supusiese dormido aun.

Repitió su llamamiento, y entonces abrí, procurando aparecer á sus ojos como si me despertase en aquel instante.

Cuando fijó la mirada en su rostro, quedé admirado de la profunda alteracion de su semblante.

¡Oh! parecia que en aquellas horas transcurridas habian pasado diez años para él.

—¿Qué tiene V. Julio? le pregunté viéndole dejarse caer en una silla con ademan abatido.

Levantó la cabeza y me miró de un modo tal, que me causó lástima.

—¡Oh! murmuró sin contestar á mi pregunta. ¿No ha salido V. hoy de su estancia?

—Nó, le contesté; es demasiado temprano aun.

—Y ¿esta noche?...

La pregunta quedó suspendida en sus labios, y pareció turbado al hacerla.

—¿Qué? interrogué yó, viendo su silencio.

—Nada, nada! perdone V. Fabian, soy un loco! y despues de una pausa, y de un instante de profunda abstraccion, añadió como hablando consigo mismo.

—¿A qué le interrogo? ¿á qué quiero hablarle de ello, si es imposible, si nó puede saber?... ¿qué tiene él que ver con todo esto? si ella lo ha dicho, si solo á mí...

Calló de nuevo, la confusion de sus ideas era tan visible, que hubo un momento en que casi estuve por decirle la verdad, pues me inspiraba una compasion indecible; pero el recuerdo de Angelina me contuvo,

¡Qué profunda y fatal era la pasion que le habia sabido inspirar Valeria, que terrible el accidente que ejercia sobre aquel pobre corazon tan enfermo y lacerado, que así enloquecia á Julio, que así trastornaba la razon de aquel infeliz jóven, que á no haberla conocido hubiera podido ser bueno y noble, y feliz y honrado!

—Vamos, le dije con dulzura, vamos, amigo

mio, cuénteme V. cuanto le ocurre; ya sabe que me intereso por su suerte, que deseo verle dichoso.

—¡Dichoso! murmuró él: dichoso!... anoche lo era, anoche...

—Continúe V. ¡yo le creo por el contrario bien desgraciado!

—¡Oh! no: ¿cómo había de sufrir, si hablé con ella... si vi su blanco traje destacar en la oscuridad de su balcon: si el eco de su voz llegó hasta mí, y sus labios murmuraron palabras que encerraban una esperanza!

—Entonces...

—Es que ahora... ahora... ¡oh! la fatalidad á mediado sin duda en todo esto, por que ella vá á creer que la desobedece, que me niega á cumplir sus órdenes. sus órdenes que ignora, porque...

Demasiado comprendí lo que pasaba en el corazón de aquel desventurado jóven, y lo que quería significar con sus palabras, pero callé y le dejé que continuara.

Él apoyó la frente entre sus manos con muestras de profundo abatimiento y balbuceó á media voz.

—¿Qué haré? qué haré? ella no podrá creer en la pérdida de ese papel, y me acusará y pensará que yo... porque esto es inconcebible, si... ¡no hallarle, no haber podido dar con él despues de haber revuelto hoja por hoja, rama por rama, sin encontrarle allí!

¡Oh! esto es terrible, esto me desespera, me mata... y sería capaz de suicidarme... sí, es preferible un tiro en la cabeza, á vivir con el alma muerta.

La mirada de Julio revelaba la locura, el extravío mas completo.

Temí por su existencia, temí por su vida y acercándome á él le dije con energía.

—Vamos Julio, sea V. hombre, y hable con mas serenidad, hace tiempo que le compadezco, que me intereso por su suerte, por mas que en un instante de locura haya V. podido sospechar lo contrario; ahora bien, ¿quiere V. fiarme su suerte? ¿quiere V. poner en mis manos su porvenir?

—No comprendo...

—¿V. ama á Valeria? es verdad?

Una espresion de anhelo infinito brilló en la mirada de Julio, y un suspiro profundo y ansioso se escapó de sus secos labios, que solo pudieron decir.

—¡Que sí la amo! ¡Oh! ¿porqué me hace V. esa pregunta?

—Por que yo quiero hacerle feliz, porque yo quiero unirle á ella, vencer los inconvenientes que les separan, obligar á esa muger á pagar

tantos sacrificios, tanto anhelo, tanta abnegación.

—¿Y V. podrá?...

—Sí: mas de lo que supone.

—¡Oh! si alguien hiciera que ella...

—¿Tiene V. confianza en mí? me cree V. leal y honrado?

Julio vaciló, despues mirándose fijamente exclamó con vacilante voz.

—Fabian, antes de responderle, dígame si está pronto á prestarme un juramento.

—¿Cuál? repliqué comprendiendo su idea perfectamente.

—El de que no ame V. á Valeria, el de que no aspire V. á la posesion de su corazón, el de que jamás intentará interesarla en su favor.

—Por la memoria de mi padre muerto, le juro á V. que jamás esa muger oirá una palabra de amor de mis labios ni ocupará un lugar en mi alma.

Julio respiró con expansion, y como quien se libra de un enorme peso.

—Gracias, me dijo, ahora le creo á V.

—En ese caso...

—Obre V. como quiera, me pongo en sus manos.

—Está bien. Si hay en el mundo felicidad posible para V., yo me comprometo á realizar sus sueños; para ello es forzoso que V. se plegue á mis deseos.

—¿Qué debo hacer?

—Esperar.

—Pero ¿y si Valeria...?

—No haga V. por verla hasta que yo se lo ordene.

—Mas hoy...

—Hoy está V. enfermo, sí, realmente enfermo: basta mirarle un instante para convencerse de ello; permanezca V. en su cuarto, sin bajar al despacho, yo diré á D. Félix la causa de su ausencia.

—¡Oh! sí: tiene V. razon: necesito descanso, necesito reposo, mi cabeza se desvanece, mi cerebro se parte de dolor, no sé lo que siento, he sufrido tanto en estas últimas horas. La esperanza, el temor, ese papel perdido!

Se levantó vacilante: yo le di la mano para llevarle á su cuarto, porque realmente estaba trastornado.

Las emociones que habia sufrido, el frio de aquella noche pasada entre la humedad y el aire del jardín, le habian producido una fiebre tan alta, que sus miembros temblaban y sus dientes chocaban unos con otros.

Le acompañé hasta el lecho, donde se dejó caer sin fuerzas.

Después salí de la habitación y me he puesto á escribirte todo lo ocurrido: dentro de algunas horas, y cuando pueda presentarme á Valeria, iré á su cuarto, la pediré una entrevista, y estoy resuelto á no separarme de ella hasta fijar el porvenir.

Adios, hermana mia, muy pronto, esta misma noche te escribiré, y sabrás el resultado de esta conferencia, en la que por primera vez voy á luchar frente á frente con una muger tan temible como resuelta.

Adios, ruega entre tanto por mí, y por la que pronto acaso, podrá escuchar de tus labios el dulce nombre de hermana.

Fabian.

(Continuad)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

MARIA.

I.

LA NOCHE EN UN CONVENTO.

Antes de principiar la relacion que va á seguir, el autor debe manifestar desde luego que en esta ocasion nada refiere que no descansa sobre pruebas escritas, graves y auténticas. El hecho principal de las aventuras que van á desenvolverse á los ojos del lector, aunque poco conocido, se halla confirmado por varios escritores, irrecusables jueces, por erudicion é imparcialidad.

En apoyo de todo esto puede consultarse al príncipe Alejandro Labanoff y su *coleccion de cartas de Maria Stuardo*, edicion de 1839. A esta moderna autoridad puede añadirse la correspondencia de Trugmorton escrita en 1576, y el testimonio del doctor Lingard, que por su cargo de consejero y limosnero del rey Luis XV debió conocer muchas particularidades sepultadas largo tiempo en el secreto. Además, cuando publicó su *adicion á las memorias de Castelnan*, le fué fácil consultar el archivo del convento de Soisson y asegurarse de la realidad de los hechos que él, sacerdote é historiador, no ha vacilado en atestiguar como auténticos.

Una sola voz se levanta contra la verdad de

estos hechos, la de Gilberto Stuardo en su libro publicado en Londres año de 782, pero como observa juiciosamente el príncipe Labanoff, el testimonio de Trugmorton, y de Lingard, personas que estuvieron en posicion de conocer la verdad, merece mas crédito que la simple protesta escrita doscientos catorce años después de la principal circunstancia de la historia cuyos detalles vamos á trascribir.

En 1568, hácia fines de Enero ó de Febrero, porque los doctos autores que acabamos de enumerar no están acordes sobre este punto, dos hombres embozados en largas capas, bajaron de un coche que paró á media noche delante de la puerta de la abadía de Nuestra Señora en Soissons.

Uno de estos viajeros dió tan fuerte aldabazo, que toda la comunidad se despertó asustada. Mientras que las novicias inclinadas sobre sus camas, se preguntaban en voz baja que significaba semejante visita á tales horas, y la muy noble y muy venerable señora María Mawbray, abadesa, se incorporaba en la suya llena de inquietud; la aldaba renovó dos ó tres veces con brutalidad su llamamiento á la vigilancia de la hermana tornera. Esta, toda asustada, sin esperar á que llamase el pito de plata de la superiora, entró precipitadamente en la celda de la abadesa.

—Madre, exclamó, van á romper las puertas del convento. Mi dulce Salvador Jesús, que desgracia nos amenaza?

—Ninguna, dijo la abadesa. ¿No hace un año que la villa de Soissons pertenece al rey de Francia, que le debe ayuda y proteccion?

En seguida se levantó precipitadamente de su cama, vistióse de prisa, cubrió con el velo sacramental su cabeza septuagenaria, y bajó aceleradamente en compañía de la tornera, por que los aldabazos se redoblaban con mas fuerza.

—¿Quién llama así á semejante hora? preguntó la abadesa.

—¿Quieren ustedes abrirnos? replicó una voz gruesa, acompañando estas palabras con un voto soldadesco que tenia algo de blasfemo. Necesito hablar ahora mismo á la abadesa de este convento.

—La señora abadesa está aquí conmigo, dijo la voz trémula de la tornera.

El tono grosero del que gritaba detrás de la puerta se endulzó un poco, y pronunció algunas palabras en lengua extranjera.

—Dios mío! exclamó la abadesa con extrema turbacion, abrid pronto, hermana tornera, daos prisa!

Y como para dar todavia mas prontitud á los

esfuerzos de la religiosa que se apresuraba en correr los cerrojos y dar vuelta á las llaves, le repetía:

—Abrid! abrid! en nombre de nuestro Salvador!

Desembarazada la puerta de los innumerables cerrojos de hierro que la tenían cerrada, se abrió y dejó entrar á los dos desconocidos.

—Tomad este depósito que me han encargado que os entregue, dijo uno de ellos.

—Y yo os doy la carta que acompaña este depósito, añadió el otro.

—Un depósito! á mí! ¿de dónde viene? preguntó la madre estupefacta.

—Un noble señor lo ha confiado á nuestro honor, haciéndonos responsables de él con nuestra cabeza, respondió el menos grosero de los dos desconocidos.

Después, depositando á los pies de la abadesa, mientras que esta tomaba la carta, un envoltorio de regular tamaño, saludaron profundamente, salieron y cerraron la puerta detrás de ellos. Pronto se oyó el ruido de los caballos que partieron al galope.

Las mujeres se miraron con sorpresa, pero sin verse, porque la corriente de aire producida por la puerta, cerrada bruscamente, había apagado la linterna de la tornera, en tanto que la superiora principiaba á abrir la carta entregada con tanto misterio.

—Cerrad la puerta, hermana, dijo la abadesa, tomad el envoltorio que nos han dejado esos desconocidos y llevadlo á mi celda.

Mientras que la vieja religiosa se esforzaba por llegar á tientas á la escalera que conducía á su celda, la tornera se bajó para obedecer la orden que acababa de recibir, y sus manos buscaron el paquete depositado allí, sobre las losas del claustro. En la oscuridad tropezó su pié con el envoltorio y salió de él un vajido de recién nacido. A este ruido la abadesa lanzó un grito lleno de sorpresa y miedo: indudablemente la hubiera consternado menos la aparición de Satanás en persona.

—Señora, balbuceó, por que la voz rehusaba salir de su garganta, señora, ¡Dios mío, tened piedad de nosotras!

Y acompañó estas palabras de espanto persignándose dos veces seguidas. El exorcismo, lejos de calmar los gritos de la criatura, no hizo mas que redoblarlos.

—¿Qué será? ¿Qué haremos?

—Callad y seguidme, interrumpió la abadesa con tono imperioso levantando del suelo el misterioso envoltorio.

La madre abadesa puso su mano sobre la boca

del niño y atravesó rápidamente el claustro. Al entrar en su celda se precipitó hacia una luz y abrió la carta que le habían entregado los viajeros. Apenas sus ojos principiaron á leer cuando se inundaron de lágrimas, y tuvo que enjugárselos para poder acabar.

—Hermana tornera, este niño es un depósito precioso y sagrado que nos han confiado. Demos gracias á Dios por que nos ha escogido para ejercer una obra de misericordia. Esto es todo lo que puedo deciros del mas solemne de los secretos que jamás han sido confiados á mi vieja experiencia. Id á buscar en los establos la leche necesaria para apagar la sed que obliga á este ángel á dar gritos dolorosos. Desde que amanezca, nos ocuparemos de los medios de buscarle una nodriza, porque es menester que esta niña no salga del recinto del claustro de Nuestra Señora. Debe erocer y tal vez vivir y morir á la sombra de nuestras paredes protectoras y santas.

Todas las ideas de la tornera se hallaban en desarreglo, y á pesar de su gran deseo de adivinar el misterio, nada comprendía de cuanto pasaba á sus ojos, ni aun de lo que oía y ejecutaba. Al ir á la vaqueriza en busca de leche para un niño, se preguntaba si soñaba ó si realmente estaba despierta.

Luego que hizo levantar á los vaqueros, no menos asombrados que ella de verse á semejante hora interrumpidos en su sueño por orden de la abadesa y para ordeñar las vacas, volvió con la leche tibia á la celda. La superiora meció sobre sus rodillas á la niña, como lo hubiera hecho la madre mas tierna, y murmuraba un aire de cántico á manera de canción, para apaciguar á la infatigable gritadora. La leche tibia obró mejor que el canto sagrado: la niña bebió con avidez y no tardó en dormirse sobre las rodillas de la abadesa, que no se atrevía á hacer movimiento alguno temiendo despertarla, y permaneciendo así inmóvil hasta que las campanas tocaron á maitines. Entonces depositó dulcemente la tierna niña en su cama, y sin reparar en el extraño contraste que ofrecía un recién nacido dormido sobre el lecho virginal de una religiosa, se dirigió al coro, donde se hizo notar mucho menos por el fervor de sus oraciones que por la prontitud con que dirigía el oficio de la mañana. Terminado este oficio volvió á su celda con toda la viveza de sus viejas piernas, que parecían haber hallado algo de la vivacidad de la juventud.

(Continuará.)

E. B.